



RESTOS HISTÓRICOS Y ETNOGRÁFICOS EN EL NARANCO

Autor: **José Luis García Lòpez del Vallado.**

Índice:

- [Introducción](#)
- [Lavaderos](#)
- [El depósito de aguas del Centro Asturiano](#)
- [Los molinos](#)
- [Los pozos de la nieve](#)
- [Construcciones de minas y canteras](#)
 - [La bocamina de Gamoneo](#)
 - [La tolva de Obegero](#)
 - [La tolva de Entrerregueros](#)
- [Caleros](#)
- [Construcciones militares](#)
 - [El campamento de Lluarín](#)
 - [Casamatas](#)

Introducción

En la Sierra del Naranco, de cuyos núcleos habitados se habla ya en numerosos documentos de la Edad Media, se ha desarrollado una actividad agrícola y ganadera intensa y creciente a lo largo de la historia, pero también una actividad minera, del hierro, del carbón y de otros minerales. También la actividad forestal es antigua, desde el momento en que se talaron los bosques para roturar tierras destinadas después al cultivo y para suministrar maderas para la construcción naval y, en el siglo XIX, para la construcción de ferrocarriles y la entiba de minas; en el siglo XX se hicieron repoblaciones de pinos (éstas también en el XIX) y eucaliptos dirigidas de manera específica a su explotación industrial. Los restos de esta actividad forestal los constituyen algunas de las masas boscosas que podemos ver en la sierra.

Otra actividad económica, tan notable como desconocida en general, fue la de los pozos de la nieve, de los que hay al menos 4 en el Naranco, aunque pudo o puede haber más, y que funcionaron, al menos alguno de ellos y con carácter muy ocasional, hasta la década de 1940, según testimonios de vecinos de El Contriz y El Pevidal.

Otros elementos conciernen a la historia reciente de la ciudad, como el Campamento del Lluarín en Villaperi, bien construido con piedra de la zona, ahora con una antigüedad aproximada de unos 90 años y en el que asturianos y forasteros hicieron el servicio militar por la década de 1920.

Restos industriales más recientes son las tolvas de La Cantera (la cantera de Obegero), de mediados de la década de 1950, y los caleros cercanos, construidos en 1939. Caleros más antiguos quedan en Muslera (El Lluarín), en Villanueva, en el

camino de Folgueras a El Pevidal, en Ladines, en Ajuyán, uno cerca de la Collada Llinares, en Toleo y en Llubrió. Hay noticias de más hornos de cal, unos destruidos y otros inencontrados hasta el momento.

Los restos de la actividad minera son notables porque, a diferencia de los mencionados anteriormente, no consisten en estructuras exentas o artefactos agregados al suelo, sino en enormes marcas en el territorio: la caja del trenillo minero a Villaperi, de 1880, ocupada en parte por la Pista Finlandesa, y la caja de la vía que, por encima de la Peña el Fuelle, iba desde lo alto del gran plano inclinado hasta las bocaminas de la Fuente de los Pastores. Tendido férreo y plano inclinado se construyeron en 1902. Una construcción pequeña, pero muy interesante, es la bocamina, de fachada en mampostería con mortero de cal, de la reguera del Gamoneo, de fecha de construcción incierta, pero que se puede datar hacia 1870 o tal vez antes. Lo que parece ser una tolva, en Entrerregueros, es de naturaleza y datación desconocidas. La actividad minera en el Naranco debió empezar hace siglos, pero fue intensa en el siglo XIX. Lo corriente es que galerías y bocaminas, muy numerosas, se hayan hundido, para desaparecer después bajo tierras y vegetación. Las explotaciones mineras del extremo occidental de la sierra, cerca y por debajo de la Peña Llampaya, no han dejado, al parecer, restos de elementos construidos, sino solamente grandes agujeros en el terreno. La vía que hubo en esas explotaciones también ha desaparecido, como las vagonetas y material diverso de las explotaciones. Otros restos de actividades mineras, más cercanos a Brañes, parecen igualmente perdidos.

Lavar ropa para los habitantes de la ciudad fue una actividad extendida en el Naranco, pero la mayor parte de los lavaderos más antiguos fueron demolidos. Las fuentes, muy numerosas, forman un conjunto con algunos lavaderos; en otros casos carecen de construcción reseñable. Las de Fitoria están fuera del territorio examinado en este escrito, y la monumental de Ules, por encima del gran lavadero cuyas balsas se conservan, es de sobras conocida y no requiere mayor comentario. Los abrevaderos, muy numerosos, corrientemente formaban un conjunto con fuentes y lavaderos, aunque también los había aislados. Aquí se ha prestado atención solamente a los primeros. Una construcción de gran importancia, más tal vez que ninguna de las anteriores por su antigüedad, su tamaño y su significado, pero que no se comentará en este escrito, es la traída de aguas de Fitoria, que corre paralela a la Pista Finlandesa y que en los últimos tiempos ha estado sometida a un intenso proceso de deterioro por causas diversas. La primera traída era de la

segunda mitad del siglo XVI, pero los restos visibles parecen ser de la década de 1860 y posteriores. Tanto la construcción en sí misma como los materiales en que está hecha son de gran interés.

En este escrito se habla del Naranco en un sentido amplio, sin consideración de delimitaciones territoriales precisas. Por el norte puede entenderse que es Naranco todo el territorio hasta el río Nora; por el Sur, el comprendido por encima de una línea horizontal imaginaria que pasaría a la altura de Ules, Naranco y Fitoria; por el Este y el Oeste el límite sería también el río Nora. No obstante, estas indicaciones son orientativas, y no limitativas. El avance de la urbanización por la ladera meridional del Naranco ha eliminado muchos elementos que hoy tendrían valor. Otros han quedado arrinconados y están en peligro de perderse. Tampoco se ha hecho una delimitación temática estricta. Se excluyen el patrimonio natural y el patrimonio vial, pero se ha tratado de inventariar todos los productos culturales que se ha creído que tienen valor y de situarlos mediante un comentario histórico, de manera que no aparezcan como objetos singulares en un vacío de significación. Se trata de sacar los objetos culturales del campo de la anécdota para acercarlos al de la historia.

Un ejemplo más de lo excluido: el molino de la Zurraquera queda muy cerca de la carretera de Oviedo a San Claudio. Territorialmente puede pensarse que no pertenece al Naranco, pero funcionaba con aguas del Naranco, de los regueros de Ules y del Boo. Más arriba, en el reguero del Boo, muy cerca y por debajo del parque de Monte Alto o de Pura Tomás, estaban los molinos de Riello, que funcionaron hasta no hace muchos años. Con más razón que el anterior, éstos pertenecerían al Naranco. Estos molinos resultaron directamente afectados por algunas de las captaciones de agua que se hicieron en el Naranco en el siglo XIX. Igualmente, el molino llamado de Paredes, alimentado, como los anteriores, con aguas de la sierra, en este caso del arroyo llamado Saltador, que baja de Fitoria, y utilizado por vecinos del Naranco hasta por lo menos el decenio de 1920. La urbanización ha engullido o arrollado estos elementos.

Lo apuntado no es todo lo que puede verse y conservarse en el Naranco: restos de iglesias y capillas (la de San Lorenzo, en una finca de propiedad privada en Quintana, es tal vez la única que se conserva en su integridad), casas de tipo tradicional y de tipo señorial, hórreos y paneras (en las aldeas del Naranco hay varias decenas en diverso estado de conservación, pero de una parte su gran número

requería invertir un tiempo con el que no se contaba y dar a este informe unas dimensiones imprevistas, y de otra, el autor no está capacitado para comentar debidamente esta clase de construcciones), carros tradicionales (los menos, del país; los restantes, de los que los sustituyeron, llamados de radios, llamados “de rayos” en Asturias) y piezas de labranza, como las utilizadas en los trabajos de la escanda y otras, constituyen, por ahora, una reserva a estudiar. Además, los castros localizados y explorados, sobre los que existen algunos estudios y que pensamos que están catalogados y formalmente protegidos. Con esto, el patrimonio vial y el patrimonio natural. El vial, con caminos que en algunos casos cuentan con cientos de años de antigüedad: son historia y geografía marcadas sobre el terreno de nuestro concejo. Y el natural, con fuentes, regueros y vegetación abundante y diversa, agrupada muchas veces en formaciones boscosas extensas y de gran belleza y valor. El propio trabajo de la tierra es una formación cultural. Pero en los últimos años nuevos usos del terreno han sustituido a los antiguos, y lo que era huerta es ahora pastizal o artales. Este patrimonio, natural y vial, ha sufrido severos destrozos, tanto por abandono como por agresiones directas. Aunque no concierna a lo que aquí se describe, hay que notar que también la toponimia de la sierra del Naranco ha sufrido agresiones severas.

Es cierto que los restos de que se trata aquí son o parecen modestos; pero su poquedad, su modestia, serían en todo caso las de nuestros antepasados próximos y la de nuestra historia. Por otra parte, los objetos de grandes dimensiones no son siempre los más representativos, aunque suelen ser los que mejor se prestan a una presentación espectacular y una explotación mediática. Los restos del Naranco no pueden compararse, ni en número ni en dimensiones ni en variedad, con los impresionantes restos de arqueología industrial de otros municipios asturianos, pero aún así, hay algo que puede destacarse: 1. Se encuentran en un emplazamiento singular y perfectamente definido en el territorio; 2. Se encuentran en la mayor proximidad de los Monumentos Nacionales de Santa María de Naranco y San Miguel de Liño; 3. Son diversos entre sí, no varios ejemplares de un mismo artefacto, y pertenecen a distintas épocas y actividades; 4. Algunos pertenecen a un tipo de industrias menores que, precisamente por serlo, han sido negligidas casi siempre; 5. Por su posición tan cercana a Oviedo, son fácilmente accesibles a un gran número de visitantes; 6. El hecho de que el Naranco se eleve en medio de tierras más bajas, permite panorámicas del mayor interés sobre varios municipios de la provincia, sobre una parte del litoral y sobre la Cordillera Cantábrica, y esta circunstancia probablemente no se da en la mayor parte de los emplazamientos de

restos industriales más importantes. La concurrencia de todos estos rasgos distintivos en un pequeño territorio bien delimitado hacen de este espacio un lugar único, no ya entre los que puedan encontrarse o crearse en Asturias, sino de los posibles en todo el Estado. Por ello, hay que insistir en la proyección cultural, educativa y turística de un territorio de estas características.

Lavaderos

Los pueblos de los alrededores de Oviedo, los de todo el concejo, pidieron al ayuntamiento de la ciudad la construcción o reparación de lavaderos y abrevaderos ya desde finales del siglo XIX hasta más o menos 1960. Pero si el agua era una necesidad para consumo propio en todo el concejo, en el Naranco lo era también, y muy importante, porque hasta unos años después de terminada la guerra un buen número de familias vivieron, al menos en parte, del trabajo de lavar ropa para las gentes de la ciudad. Esta actividad se constata ya antes de 1850. Cuando cesó esta actividad de lavado para terceros, siguieron construyéndose lavaderos en el concejo y en el Naranco. La razón para construir lavaderos todavía en torno a 1960 y un poco más tarde era que faltaba la acometida de agua en las casas de la periferia rural.

En el expediente sobre la construcción de un conjunto de fuente-abrevadero-lavadero en Villarmosén (hoy en ruinas), de 1954 (Exp. 6-9-83-15 del archivo municipal de Oviedo), el ingeniero municipal adjuntaba una memoria descriptiva de Lavaderos-Abrevaderos-Fuentes del tipo llamado “Naranco”. Se quería establecer un modelo tipo de estas construcciones para “cubrir las necesidades que continuamente se presentan en la Zona Rural, y puede además servir de base a un estudio general de las necesidades del concejo en cuanto a la construcción de otras nuevas y su reparación (...)”. Los elementos del estudio eran los lavaderos, los abrevaderos y las fuentes con sus arquetas. Cada uno de estos elementos podía ir aislado o combinado con cualquiera de los dos restantes o con los dos. Cada elemento se designaba por su letra inicial. Las posibilidades combinatorias eran entonces: A, F y L, para construcciones singulares; FAL, si el conjunto estaba formado por los tres elementos; FA, FL, AL, para las otras combinaciones posibles. El orden de las mayúsculas en el conjunto a construir no era arbitrario, puesto que no lo era la posición respectiva en las obras reales: la fuente viene primero que el abrevadero, y éste que el lavadero. F es una fuente aislada; FA es una fuente adosada a un abrevadero; FAL es una fuente adosada a un abrevadero adosado a su vez a un lavadero. En construcciones complejas tal vez anteriores a 1900 la disposición de las cubas en relación al suministro de agua era ya ésta: el abrevadero recibe el agua que después pasará al lavadero. Un ejemplo muy anterior a la fecha del informe: la planta del lavadero de Villanueva, en Villaperi, muestra dos cubas rectangulares cuyos ejes se cortan en perpendicular; un pequeño rebaje o canal en el

murete del abrevadero deja pasar el agua al lavadero, cuya cuba es mucho mayor. Y un ejemplo contemporáneo: en el conjunto de Constante, por desgracia desaparecido, o mejor dicho desfigurado en una construcción de función muy diferente, al borde de la llamada Pista Finlandesa, se aprecia bien la disposición respectiva de cada elemento: de un manantial situado más arriba en la pendiente desciende una tubería que lleva el agua a la fuente, adosada a un abrevadero a continuación del cual está el lavadero de 10 plazas (Expediente 6-9-60-11, 1957, del archivo municipal de Oviedo).

Los materiales básicos, según este proyecto de lavaderos tipo Naranco, eran los morteros de cemento, el hormigón y el ladrillo macizo. También se preveía un Water (sic) en la construcción, aunque esto ya era así en los proyectos de lavadero anteriores a 1936.

Pero éste es el final de los lavaderos en el Naranco y en el concejo. Cuando se dispone de agua corriente en casa, todo lo descrito carece de función.

Según el Diccionario de Madoz (1849), las 13 fuentes de la ciudad de Oviedo se abastecían de agua de dos manantiales principales: el de Fitoria, a $\frac{1}{2}$ legua al Norte de la ciudad, y el la Granda, a $\frac{1}{4}$ de legua al sur. Las aguas de estos dos manantiales podrían surtir a tres poblaciones como la de Oviedo (unos 10.000 habitantes en tiempos del Diccionario), pero los encañados eran muy viejos, el agua se perdía y cuando llovía mucho, se embarraba. Por la misma época, como se lee en el Diccionario, “la proximidad de la c. de Oviedo estimula a las mujeres [de la parroquia de Naranco] a dedicarse al oficio de lavanderas y panaderas”.

Esta actividad se recoge también en la Guía de Oviedo, de Fermín Canella, de 1888: a Oviedo, el Naranco “la dota de abundantes aguas, lava sus ropas (...)”. Igualmente González Aguirre, en su Diccionario geográfico de Asturias, de 1897: en Naranco “dedícense las mujeres al oficio de lavanderas y panaderas para la ciudad”.

En el siglo XIX algunas ciudades españolas tenían su barrio de lavanderas. Por qué la ropa de la ciudad de Oviedo se lavaba en el Naranco y no, supuestamente, en otros lugares de la periferia urbana, es una cuestión no del todo resuelta. Se ha escrito que la dirección predominante de los vientos echaba sobre la colina del Cristo de las Cadenas el humo de la ciudad producido por la quemación de combustible fósil, lo que a finales del siglo XIX era en Oviedo un problema serio y reconocido. Pero ese problema se planteó con dimensiones preocupantes mucho después de que en el Diccionario de Madoz se afirmase la “especialización” de las lavanderas del Naranco. Otros factores como la altura de la sierra, la exposición al sur y el número de arroyos en la parte central, han debido contar también. Y probablemente éstos no serían todos.

Que los lavaderos fueran de uso público para lavanderas que contrataban su trabajo individualmente con clientes de la ciudad, se comprende para 1850, en que Oviedo, entonces la mayor ciudad de la región, era todavía muy pequeña. Y si su composición social era más diversa que la de las restantes de la región, la diversidad social tampoco era suficiente para justificar la explotación empresarial

de los lavaderos. Lo sorprendente es que esta situación se mantuviese así unos 100 años más, ya que poco después de 1850 los lavaderos de algunas importantes ciudades españolas (Madrid, Zaragoza) ya se explotaban en forma empresarial. Por otra parte, los lavaderos de ropas estaban sujetos al pago de la Contribución Industrial ya en el reglamento de 1873, aunque las lavanderas estaban expresamente exentas. Nada de esto parece haberse dado en Oviedo y en el Naranco, ni hacia 1850 ni muchos años más tarde, cuando el número de habitantes de la ciudad se había doblado y el de clientes potenciales y reales de los lavaderos se había multiplicado. La clientela sería exclusivamente urbana, y dentro de ésta, no se limitaba a las pocas familias que podrían pagarse un servicio de esta clase, baratísimo por otra parte: hasta después de 1940, y durante un buen número de años, también sanatorios y otras instituciones de la ciudad se hacían lavar la ropa en el Naranco. Entre la clientela podrían contarse igualmente hoteles y restaurantes. Esto daba a la actividad unas dimensiones mucho mayores de lo que pudiera suponerse.

Una de las condiciones de explotación capitalista rentable de un recurso consiste en la escasez y la concentración del recurso; y en Oviedo la situación era otra: el recurso era abundante y estaba disperso, ya que había agua y la había en multitud de regueros y lavaderos. En otras ciudades, el propietario de los lavaderos tributaba 1 peseta de contribución industrial por cada banca, según la tarifa de 1873, pero la lavandera pagaba al propietario por el uso de la banca. Las más de 7.000 bancas que había en la época en el Manzanares seguramente generaban un buen monto tributario, pero también buenos beneficios para los propietarios de los lavaderos. Los lavaderos de ropa, por lo demás, figuraban ya en el siglo XVIII en la Unica Contribución. En 1925, pero con seguridad desde mucho antes, en Madrid se prohibía lavar ropas en los charcos y en los arroyos de las afueras de la ciudad. Las razones pueden haber sido higiénicas, sobre todo; pero no puede descartarse un interés directo de los propietarios de los lavaderos que se concentraban en las caceras de la orilla oriental del Manzanares. Ya se ha dicho que la situación en Oviedo era muy diferente.

Las lavanderas del Naranco trabajaban para una clientela urbana, pero los lavaderos de la parte baja del Naranco eran utilizados para usos propios por vecinos de algunas calles de la ciudad. En 1931 los vecinos de La Cabaña solicitaron la cubrición del lavadero en el que unos doce años atrás habían recogido las aguas de los manantiales del Naranco. Además de los propios vecinos de La Cabaña,

“acuden a la misma faena los vecinos de Río de San Pedro y 9 de Mayo”. En 1935 el estado de los lavaderos de La Cruz y La Cabaña era tan malo, según informe del ingeniero municipal, que no podía hacerse en ellos arreglo eficaz. El de La Cabaña, de planta rectangular, era de piedra suelta y el agua se escapaba por todas partes; y el de La Cruz era tan endeble que no podían colocársela lavaderas.

En el siglo XIX los lavaderos del Naranco parecen haber sido muy rudimentarios: simples represas de piedras amontonadas y arena, y construcciones toscas, de forma vagamente rectangular y a veces irregular, también de piedra amontonada y tierra; por otra parte, los riegos o canalillos de derivación, en los que se hacía un pequeño estancamiento y se instalaba la piedra de lavar, lavadera o llábana; el riego se prolongaba después para devolver el agua al arroyo principal. En el Naranco este sistema perduró hasta 1950 y todavía unos años después. Por esos años, y ya al final del lavado de ropa en lavaderos públicos, que sería sustituido con carácter general por el lavado de la ropa en las viviendas, pero también en establecimientos mecanizados en el casco urbano, lo que empezaría en las grandes ciudades y se generalizaría después a las restantes, en el Naranco se lavaba en lavaderos públicos reconstruidos sobre los destruidos durante la guerra y en los riegos que se derivaban de los arroyos más importantes.

Más o menos desde la década 1910 en adelante, y por una conjunción de causas, como el aumento de la población y un mayor consumo de agua por persona, consecuencia a su vez de mayores exigencias tanto de aseo personal como de higiene, los pueblos de la periferia de Oviedo empezaron a pedir al Ayuntamiento lavaderos adecuados. El lavadero tradicional se forma amontonando piedras y arena; el nuevo, con materiales elaborados, que serán ladrillo, hormigón, pintura, herrajes y maderas. El empleo de nuevos materiales se contemplaba ya en los proyectos de construcción o reconstrucción de varios lavaderos en la ciudad y su entorno inmediato (Pumarín, Argañosa, San Lázaro, Fozaneldi y Regla), que se tramitaban desde 1915 (Expediente 1-1-177-1 del archivo municipal). Nótese que estas construcciones o reformas atañían a lavaderos de barrios en crecimiento, donde se iba concentrando buena parte de la población de la ciudad. Por una parte, mejoras en la construcción, y al mismo tiempo, empleo de materiales nuevos, más diversificados, mejores y resistentes al agua. Las mejoras más importantes en los elementos constructivos eran la cubierta, los andenes, las paredes a media altura y el retrete. Así, el lavadero de San Lázaro, que carecía de cubierta y andenes, iba a repararse con mampostería hidráulica, hormigón hidráulico (el empleo del mortero hidráulico, formado seguramente con cal hidráulica o, lo que es lo mismo, cemento natural de Zumaya, que ya se había utilizado en la reparación de la traída de aguas de Fitoria en el decenio de 1860, según proyecto de Pérez de la Sala, y que también se había utilizado profusamente en la construcción de puertos de todo el litoral cantábrico, era lo adecuado, puesto que se trataba de resistir la acción del agua), sillería caliza, bordillos de cantería, plancha de zinc, hierro, madera y otros materiales, muchos de los cuales faltaban en los lavaderos precedentes. Casi veinte años después, en el proyectado arreglo del lavadero de Lillo (Expediente 6-9-4-1 del archivo municipal), de 1933, iban a utilizarse el hormigón hidráulico y el ladrillo, pero se reutilizarían las lavaderas del existente; la cubierta sería de hormigón, y la fuente, de hierro. En proporción inversa disminuía el uso de mampostería y piedra caliza diversamente trabajada. En el Naranco, algunos lavaderos anteriores a 1936 se pintaban a la cal, lo que hacía que destacasen refulgiendo en la distancia.

Ya se ha dicho que los lavaderos nuevos contaban también con un W.C., como se escribía en la época. Esta importantísima mejora parece que empezó a

tenerse en cuenta solamente en el decenio de 1920 y en adelante. El W.C. podía ser adosado o exento.

A veces el lavadero se levanta en el mismo lugar en que había habido uno de tipo antiguo. Otras, se le busca el emplazamiento que se tenga por más adecuado. Poco antes de 1936 en La Cruz iba a construirse un lavadero; en La Cabaña, otro. Como no hay presupuesto para los dos, se propone la construcción de uno de 30 plazas para los dos núcleos de población. La mayor parte de estos lavaderos nuevos se construyeron sobre el modelo diseñado por el ingeniero municipal Sánchez del Río, y de tal manera fue así que diversos expedientes municipales se remiten a los planos de Sánchez del Río contenidos en uno determinado. Cuando en 1929 varios concejales solicitaron que se eliminase el lavadero de La Cruz y se demoliese y reedificase el de La Cabaña, propusieron que se utilizasen los planos de los recientemente aprobados de Pumarín y La Tenderina. Como se disponía de terreno municipal y abundante caudal de agua, el coste sería más reducido.

Por lo que se refiere a los lavaderos nuevos del Naranco, tal vez haya que ponerlos en relación con la importancia que la sierra va tomando para los habitantes de la ciudad desde que en 1928 se fundase la asociación de Amigos del Naranco. Lo cierto es que antes de ese año no parece que exista ninguna petición de lavaderos en la zona, aún cuando, como se dijo, el número de lavanderas era muy alto y el lavadero de La Cabaña era utilizado por vecinos de algunas calles de la ciudad. También es cierto, y esta causa importa mucho más que la anterior, que por esos años iba en aumento el número de casas a ambos lados de la carretera de los Monumentos Nacionales, como se llamaba la del Naranco, que llegaba hasta San Miguel de Liño y que se dio por terminada en 1924. Los lavaderos de la parte baja del Naranco, esto es, La Cabaña y La Cruz, hay que ponerlos en relación con el aumento de población, de las consiguientes necesidades de agua y del mayor número de usuarios de estas instalaciones. Por esos años aumenta también la población de núcleos como Naranco, Lillo y Constante, esto es, los lugares de residencia de las lavanderas. Pero esta causa no explica, sin embargo, que antes de 1936 se construyese algún lavadero al otro lado del Naranco, donde el mayor número se edificaría en el decenio de 1940.

Por otra parte, el número de pequeños lavaderos familiares, para uso propio o de unas pocas familias de las cercanías, era muy alto. Esta clase de lavaderos, del tipo sencillo descrito más arriba, se utilizó en algunos lugares del Naranco hasta

1960 o incluso más tarde. Algunas familias tenían el suyo propio, en tierras de su propiedad o de la del dueño de las fincas que llevaban en colonía. Si ese lavadero fallaba (porque se entupía el conducto o por otras causas), siempre se podía acudir a otro algo más distante, pero siempre relativamente cercano a la casa. Por ejemplo, y para una zona del Naranco en la que los lavaderos eran muy abundantes: los colonos de la familia Uría, en la vertiente al norte del extremo oriental de la sierra, tenían un lavadero a unas decenas de metros de la casa, alimentado con una captación que hacían en la *güelga* o zona de rebosaderos de la Fuente La Plata; pero tenían a su disposición otro lavadero algo más lejos, en el reguero Campaneo, y otro más unos metros por debajo de la llamada Fuente Celedonio; éste era utilizado, también a veces, por las mujeres de la casa de José el Guardia, colonos de González Argüelles, cuya casa, no distante, estaba ya al otro lado de la sierra, el que mira a Oviedo. El pequeño lavadero del reguero Campaneo era utilizado a veces por los colonos de la Quinta Salvador (Quinta Prado, hoy desaparecida), al extremo de la zona habitada de la parroquia, en dirección suroeste con relación a la iglesia de Villaperi; y algo más abajo en el curso del mismo reguero debieron surtirse de agua los soldados y los caballos del Campamento hasta más o menos 1930. Por encima de Fitoria estaban la fuente y el lavadero del Pinforro, al que acudían las mujeres de Fitoria, pero que era también el lavadero más cercano, tal vez el único, al que acudían los colonos de la Quinta de Llana, habitada hasta después de la guerra y hoy en ruinas. En la finca colindante, llamada de La Perucha, también muy pendiente y extensa, había dos lavaderos muy próximos entre sí y muy cercanos también al álveo del pequeño reguero Pinforro. Funcionaban uno con otro, puesto que en el de más abajo se enjabonaba la ropa y en el otro se aclaraba. Sobre cada uno de ellos había un tejadillo de chapa sostenido por cuatro postes, y ésta era toda la protección que daban a la lavandera. La Perucha lavó ropa para la ciudad durante decenas de años, sobre todo antes de 1936. En la finca que a principios del siglo XX fue de Laureano Sánchez, ocupada después por varias familias, y colindante por el Este con la de La Perucha, había un minúsculo conjunto de depósito, lavadero y abrevadero, que se alimentaba de captaciones de agua muy cercanas. En la finca llamada “de la Casona”, del caserío de Toleo, arriba en la ladera y en terreno *güelgoso* se conservan piedras de lavar en una pequeña balsa que se alimentaba con el agua de un pozo inmediato, construido con cierta profundidad y en mampostería muchos años antes de 1936, en una captación que había practicado el colono. Quiere decirse con esto que las labores del agua no se limitaban a las construcciones más sencillas ni a las promovidas o construidas por el ayuntamiento. Por otra parte, en las primeras décadas del siglo habían desaparecido fuentes y

lavaderos que se habían utilizado el anterior. La fuente y lavadero de La Salguera, en lo alto de Toleo, era muy frecuentada por las mujeres de Fitoria y Toleo a primeros del siglo XX. Decían que en el agua de aquel lavadero se gastaba menos jabón, y esta circunstancia hay que valorarla debidamente para unos años de extrema pobreza (por el contrario, las mujeres de Ules evitaban lavar ropa en cierto lavadero, entre Ules y Pasera, porque decían que el agua era “gorda” y daba mal resultado). Con esto se quiere dar una idea del uso del agua en los lavaderos de una zona muy limitada, rica en aguas, pero representativa de la situación en otros lugares del Naranco. En cambio, en otros parajes de la sierra el agua era mucho más escasa. El agua era muy abundante desde Fitoria (en realidad desde más al este) hasta Ules, pero escaseaba en Llano; bastaba en Villarmosén, pero volvía a escasear en Llampaya y seguramente también en Ajuyán. Probablemente era escasa en Folgueras, donde se construyeron varios pozos en Folgueras de Arriba. Poco antes de 1930 varios vecinos solicitaron licencia para construir pozos de agua en fincas propias: en 1928 en Llano y en Ules; en 1929, en Llano; en 1930, en Lillo; y hubo más peticiones en la parroquia de Santa María de Naranco, en Ladines y en Lillo, todas anteriores a 1936.

Ni en todos ni en los más de los lavaderos del Naranco se lavó ropa para la ciudad. Se lavó en los de una franja que iba desde Ules hasta Fitoria, con escasas excepciones tanto al Oeste como al Este de esta zona. Esto es, de Oeste a Este: Ules, y por encima hasta cerca de Pasera, Naranco y Lillo, Constante, Fitoria y Toleo. Es posible que se lavase también en El Pevidal. Hubo excepciones puntuales, pero fueron muy escasas. Dos de los lavaderos de Ules estaban a ambos lados del saliente sobre el que se levanta la iglesia. En la fuente de la izquierda, esto es, al Oeste de la capilla, había cinco lavanderas que lavaban para la ciudad. Grupos parecidos, más o menos numerosos, los había por otros puntos del lugar. Muchos vecinos se dedicaron a esta actividad, pero probablemente fueron más los que se abstuvieron de ella.

El lavadero de Naranco, circular, del tipo diseñado por Sánchez del Río y construido seguramente en 1933, fue convertido en una fuente, ahora seca. Las dimensiones de estos lavaderos de tipo circular eran de unos 8 metros de diámetro por unos 2,20 metros de altura. El de Entrerregueros, de un tipo distinto, es una reconstrucción, seguramente de 1948, del que en 1930 el Centro Asturiano donó al ayuntamiento de Oviedo (Expediente 6-9-13-7 del archivo municipal) como compensación a los vecinos de Naranco y Lillo por las aguas que se tomaban para

el sanatorio Covadonga. Salvo por la ausencia de cubierta y daños poco importantes en el testero de poniente, está íntegro. Tiene muros de media altura y es de planta rectangular, de unos 13,50 metros de largo por unos 7 de ancho. El eje longitudinal está orientado en sentido ESE, de manera que el sol le da de lleno en uno de los flancos; el terreno, por otra parte, no permitía construcciones orientadas de otra forma. Era capaz para 25 plazas. Las piedras lavaderas, que antes de la guerra habían sido de caliza labrada, son de hormigón moldeado. Faltan los accesos que tuvo, pero solo unos metros por debajo del lavadero está la ahora llamada Fuente de los Pastores. Junto al lavadero crecen árboles de gran altura, propios de lugares húmedos, como humeros y otras especies. El lavadero se encuentra en el vértice que forma la confluencia de dos regueros que se unen unos metros más abajo. Toda la zona, por lo demás, es la escombrera de las antiguas minas de hierro que se trabajaban unas decenas de metros más arriba, con intermitencias durante el siglo XIX y de forma continuada desde 1902 hasta 1916. Muy cerca se ven también las arquetas de diversas tomas de agua.

El lugar es y fue crucial por la trama de aguas, caminos y restos de explotaciones de minas y canteras que allí se concentran. En 1900 un reciente propietario de decenas de fincas en el Naranco pretendió cerrar los terrenos de Entrerregueras, también llamada “Reguerada de la Vara”, de una extensión de 2 hectáreas y media, que decía ser suyos y que los vecinos del lugar consideraban del común. “Tal pretensión – argüían los vecinos – produciría perjuicios de gran entidad a los servicios públicos y a los particulares; pues dentro de la citada finca hay una fuente de la que se surte el pueblo, y lavaderos, que bien puede considerarse como servicio público, puesto que casi toda esta ciudad está servida por ellos (...)”. Las protestas de los afectados (“se me presentó el pueblo en masa que son 50 y tantos vecinos menos 9 caseros que tiene el D. Manuel en ésta y no lo hacen por miedo”, escribía el pedáneo) dieron lugar a una inspección municipal. La propiedad de los terrenos se le reconocía al que quería cerrarlos, pero se le obligaba a respetar caminos, fuentes y abrevaderos. En el plano o croquis que aportaba el funcionario del ayuntamiento se nombraban y representaban caminos y lavaderos. Los lavaderos expresamente designados como tales en el croquis eran tres; además, un abrevadero. Pero los propietarios-usuarios desde tiempo inmemorial de los lavaderos, todos con cubierta erigida a propia costa y rodeados de árboles, contaban más: una viuda tenía un lavadero; nueve vecinos tenían otro; cinco vecinos más tenían un lavadero cada uno; y finalmente, dos vecinos tenían uno. Eso daba un total de 8 lavaderos. La insistencia de los reclamantes en los árboles parece apuntar

a algo importante para los vecinos: la propiedad de los árboles, por una parte, pero también, tal vez, la protección de sombra que daban al lavadero. Por otra parte, tiene interés lo que en dos casos parece propiedad colectiva de los lavaderos.

Este paraje de Entrerregueros era crucial también por otra razón: al Oeste de los lavaderos, pero solo a unos metros de ellos, pasa el camino de Oviedo a La Vara, donde se abre en dos. Uno de ellos sigue a El Pevidal, Ladines y Ajuyán; el otro, derechamente a Folgueras, con una derivación a Quintana. A La Vara llegaba también la senda que venía de Villaperi pasando por la Quinta Salvador. Estos caminos son públicos y fueron muy transitados durante el siglo XIX y varias décadas del XX, hasta la destrucción física de parte del territorio que atravesaban. Por eso las posibilidades de relación entre vecinos de distintas parroquias naranquinas se multiplicaban en Entrerregueros. Más numerosos que las tabernas en las aldeas del Naranco, los lavaderos eran lugares de reunión en que circulaba la información y se formaban las opiniones colectivas. Eran lugares de relación y de debate. Destruir los lavaderos, o cerrarlos al uso de los vecinos, era también un ataque directo a todo esto. Salvando distancias y diferencias de relieve, la creación de las condiciones que llevaron al cierre de los chigres y tabernas del Naranco por los años 60 y 70 del siglo XX significó justamente eso, destruir una trama vital de relaciones humanas.

El lavadero de Llampaxuga, de 1954, según los vecinos (la fecha ha quedado borrada en una restauración reciente), junto a la capilla del lugar, tiene una balsa de lavaderas en forma de U, bajo una construcción de planta cuadrada de unos 4,25 metros de lado, paredes a media altura y entrada frontal de unos 90 centímetros. El tejado es a dos aguas sobre una elaborada estructura de madera. El estado de conservación es muy bueno.

En el conjunto de fuente, abrevadero y lavadero de Lorianana, a la derecha de la iglesia parroquial, la balsa de lavaderas, bajo cubierta, pero sin paredes perimetrales, forma un rectángulo de unos 5,10 metros por 2,05 metros. A continuación, prolongando su mismo eje longitudinal, el abrevadero, al descubierto, tiene una longitud de unos 5 metros y una anchura de 1,25 aproximadamente. Al extremo está la fuente. Está construido en piedra y la fecha para toda la obra parece ser la de 1929 inscrita en la fuente. El conjunto ha sido restaurado y el estado de conservación es bueno.

El lavadero de Villanueva, en Villaperi, al fondo de una pequeña plazoleta en ligera pendiente, es una construcción antigua y notable en su estilo, y está relativamente bien conservado. Vecinos del lugar creen que es anterior a 1900. Una fecha confusa grabada en un punto recóndito de la construcción podría ser la de una reparación parcial. De planta en T, irregular, se compone de una primera balsa que desagua en la siguiente, perpendicular a la primera. Las dos son rectangulares y construidas en piedra. La primera, bebedero, mide unos 2 metros de largo por algo más de 1 metro de ancho; la segunda es el lavadero y mide unos 3,5 metros de largo por unos 2,40 metros de ancho. La altura de ambas es de unos 60 centímetros. La cubierta es de tejas, sobre un entramado de madera y soportes también de madera. La construcción es de aspecto vetusto y primitivo. El emplazamiento es recogido, junto a un camino que sale de la pequeña carretera del lugar.

El lavadero de Brañes, llamado de San Juan y restaurado por el ayuntamiento de Oviedo en 2001, como reza una inscripción, está por debajo del nivel de la carretera, entre la carretera y un reguero que baja del Naranco. La restauración puede haberse hecho sobre restos del que debió construirse poco antes de 1920. Carece de cubierta y de paredes, pero lo conservado, todo en piedra también, forma un conjunto de gran tamaño y de cierta complejidad. Contiene dos balsas de lavaderas, con tres lados útiles en cada una y el cuarto formado por el muro perimetral del lado del reguero. La balsa más grande tiene unos 4,20 metros de largo por unos 2,75 de ancho; la pequeña, unos 2,95 de largo por 1,20 metros de ancho. En la cabecera del conjunto está la fuente, en un espacio de unos 3 por 2 metros. El muro de toda la obra por el lado del reguero tiene un espesor de unos 0,50 metros.

El lavadero de Quintana está en medio del pueblo, casi encajado entre otras construcciones. El expediente de construcción se inició en 1932. Se cree que la cubierta se le puso en 1957. También éste es de planta rectangular, con tejado de una vertiente. Mide unos 6 metros de largo por unos 3,50 de ancho. Las lavaderas están dispuestas en L. Dentro tiene un asiento corrido incorporado a la propia construcción. A un lado están el pequeño abrevadero y la fuente. El lavadero está deteriorado, pero no presenta destrozos estructurales.

Al lavadero de Ladines, de 1948, le falta la cubierta que tuvo. Se conserva muy bien toda la parte inferior, con los muros perimetrales y las lavaderas.

También aquí, como en todos los demás, se respeta la disposición FAL de que se habló más arriba. Las dimensiones del recinto de lavaderas son de unos 5,80 por 3,80 metros; las de la balsa de lavaderas, en L, son de unos 4,35 por 2,15 metros. Está junto a la toma de agua de Sopeña, en un lugar de buen acceso, muy sombrío, y por encima de los cinco molinos (en ruinas, sepultados en escayos) que se escalonan a lo largo del reguero hasta cerca del Nora. Los materiales son los correspondientes al tiempo de construcción.

El lavadero de Folgueras, también posterior a la guerra civil, pero seguramente anterior a 1950, fue demolido para construir en su lugar un depósito de agua; estaba alineado con un largo bebedero, que se conserva, de más de 6 metros de longitud por solo 1 de anchura, y una fuente.

En El Pevidal quedan los restos de un lavadero rectangular, de 2,40 por 2,30 metros, y lo que parece fue un depósito o aljibe. Como están en ladrillo se los puede suponer relativamente recientes, pero como los vecinos del Pevidal abandonaron la aldea en los años 50, la fecha límite de construcción sería ésa. A poco metros, al otro lado del camino, está la fuente, a la que se desciende por dos tramos de escalera confrontados. Cerca y unos metros por encima del lavadero, que está a la orilla del camino, se ve una especie de represa de construcción muy tosca, que se dice fue el abrevadero más antiguo.

En Escontriella, muy cerca de Brañes, se conserva un conjunto de lavadero y abrevadero rodeado por un muro de media altura. Falta la cubierta, de una vertiente, que se apoyaba en las cuatro columnas de ladrillo que se conservan. Lavadero y abrevadero son pequeños: el primero es un rectángulo de 3,60 por 2,05 metros; el segundo, un rectángulo de 3,60 metros por 1 metro. Están adosados longitudinalmente, de manera que sus ejes son paralelos. La construcción puede datar de 1955, según se lee en una tosca inscripción a un lado del abrevadero.

Sobre las lavaderas del Naranco pueden consultarse con provecho dos artículos del investigador ovetense Ernesto Conde aparecidos en El Correo de Asturias los días 7 y 16 de junio de 1988.

Construcciones: 10

El depósito de aguas del Centro Asturiano

Una construcción notable, y representativa de las de su clase en la época en que se levantó, es el depósito de aguas que el Centro Asturiano de La Habana solicitó construir en 1932 para abastecer a la Quinta Covadonga. La escueta Memoria que obra en el expediente municipal (Exp. 7-3-29-17 del archivo municipal de Oviedo) lo describe así: “Se trata de la construcción de un depósito de aguas particular para el servicio interior sanatorial (...). Está dividido en dos compartimentos para facilitar la limpieza, por un muro central, siendo tanto éste como los del perímetro contruidos de hormigón con el escalonado suficiente para contener la línea de presiones. La solera será de hormigón armado bien apoyada en los muros de cimentación con los que forman cuerpo. La cubierta estará fabricada por bóvedas de cañón de doble hoja de ladrillos y pintado exterior con sustancia bituminosa impermeable. La ventilación se establece por medio de huecos semi-circulares defendidos por rejas y tela metálica (...)”.

El croquis de planta muestra un rectángulo de 15 metros de longitud por 5 metros de anchura. El edificio, que es posible que haya sufrido varias restauraciones, tal vez de pequeña entidad, está a unos cien metros al oeste de la ahora llamada Fuente de los Pastores y prácticamente adosado a las ruinas de la casa que fue de Muslera. Junto al depósito pasa un camino ancho que unas decenas de metros más allá desaparece bruscamente en el lindero de una finca.

Construcciones: 1

Los molinos

En las notas de introducción ya se ha hablado de los molinos de la vertiente meridional del Naranco. Algunos de los que existían en el siglo XIX, ya desaparecieron, y los más próximos a la ciudad fueron engullidos o arrollados por el crecimiento urbano. En la vertiente septentrional de la sierra del Naranco quedan restos de cinco molinos, muy deteriorados, cuando no en completa ruina, en el arroyo de Lladines y hasta cerca de las orillas del Nora. El más cercano al Nora es el llamado Molín Nuevu, en la confluencia de los arroyos Lladines y Fonsagrada. De estos cinco molinos, tres pueden ser los que el Catastro de Ensenada (1753)

sitúa en ese lugar. En su estado actual son inaccesibles. El molino de Quintana, a la orilla del Nora y junto a una presa que eleva el nivel del agua para servir al molino, está reconstruido y estuvo en funcionamiento hasta no hace muchos años para sus muchos copropietarios, vecinos de Quintana, Villanueva y otros lugares de Villaperi. Una piedra de la construcción lleva la fecha de 1928. Está en ruinas el gran molino, de rasgos ya modernos, que hubo en Brañes, también a orillas del Nora, y que funcionó igualmente, con un volumen de trabajo muy considerable, hasta la década de 1960. La edificación está muy deteriorada, pero se conservan restos de maquinaria que pueden ser de interés.

Los pozos de la nieve

En 16 de marzo de 1887 se anunciaban en El Carbayón los pozos de la nieve de El Pevidal en estos términos:

“Nieve Natural. D. Ramón Aller y Rivero. Naranco (Pevidal). El antiguo proveedor de este artículo, anuncia al público que se encuentran sus propios pozos de Naranco surtidos en grande escala, y además dispone como arrendatario de los cinco grandes de la parroquia de Bermiego, de Quirós, Puerto grande, para atender con mayor esmero a sus consumidores, sin ninguna alteración de precios, tanto los unos como los otros. Advierte pues, que de la de Naranco, a las tres horas de pedido en la casa de su depósito, D. Francisco Barco, calle de Jesús, Oviedo, se dará cumplimiento a domicilio. Lo que anuncia para que llegue a conocimiento de los consumidores de dicho artículo, no solo de Gijón y Avilés, si no de todos los puntos de la provincia”.

El 23 de mayo el anuncio era éste:

“Nieve natural. Desde el 23 del actual saldrá cada segundo día de esta ciudad un carro conduciendo nieve para la villa de Avilés. El carro admite seis asientos, y el conductor se encarga de trasportar cuantos objetos se le confien. Horas de salida: de Oviedo, de tres a cuatro de la mañana, y de Avilés, a las dos de la tarde. Precios económicos. Se admiten encargos en Oviedo, establecimiento de D. Francisco Barco, calle de Jesús, y en Avilés, D. Celestino Suárez, Café Universal”.

El anuncio del 7 de abril de 1888 decía así:

“Nieve natural. Ramón Ayer y Compañía, como único dueño y arrendatario de los pozos de Naranco, Morcín y Beraniegos, son los únicos que pueden proporcionar nieve natural a todos los que deseen dicho artículo. Cuentan, al efecto, con gran surtido, y pueden darla en gran escala. Para encargos, dirigirse a D. Pedro Francos y hermano, Luna, 13. Los pedidos de 50 kilos en adelante se harán a precios módicos”.

Un acuerdo de 1640 del ayuntamiento de Oviedo fija el precio de venta de la nieve; en la sesión también se discutió “si era más conbiniente el pagar este tributo de propios”. Un acuerdo de 1655 acuerda subir ese precio; por otro de 1656 se ordena a Toribio de Hevia que cumpla con su obligación de dar abasto de nieve a la ciudad. El obligado replicó que no podía cumplir con esa obligación porque en los pozos de Peñarues no había nieve y “que se ba zinco leguas más adelante a buscarlo a unos poços que cuesta mucho trabajo el sacarlo de dichos poços”. Por ello, suplicaba se le permitiese subir el precio de la nieve. Como cinco leguas son unos 27 kilómetros y medio, parece que Toribio de Hevia exageraba la dificultad del suministro. Los pozos de nieve del Aramo estaban, a lo que se sabe, en las parroquias de San Sebastián, en Morcín, y de Bermiego (al menos 5 en el siglo XIX, según Ramón Aller), en Quirós. Es probable que ni siquiera los más lejanos de la parroquia de Bermiego distasen más de 20 kilómetros de Peñerudes. En todo caso: a mediados del siglo XVII se arrendaba el suministro de nieve y a finales del siglo XIX seguía explotándose la nieve del Aramo; y desde fecha incierta, también la del Naranco.

Dos conclusiones: en Oviedo el suministro de nieve es tan importante en el siglo XVII que se contrata con un particular; la nieve se trae de Peñerudes, concejo de Morcín, pero si falta allí (véase que el acuerdo es de junio), hay que ir a buscarla más lejos, a unos pozos que solo pueden ser los del alto del Aramo. Este producto, a diferencia del agua en Oviedo, sí que era escaso y concentrado, y además era estacional.

En el siglo XVIII los pozos de nieve eran numerosos por casi toda la Península, pero el consumo de nieve, y la construcción de pozos, se había generalizado en España ya en siglo XVI. La nieve servía por lo menos a dos fines: se empleaba la preparación de refrescos y sorbetes; también se aplicaba en forma de compresas en los procesos febriles de cólera, tifus y escarlatina; además, en ciertos tipos de hemorragias, como sedante en congestiones cerebrales y en la meningitis y como analgésico en traumatismos, esguinces y fracturas. Los pozos de la nieve solían ser propiedad de nobles y eclesiásticos (cabildos, conventos), pero también había pozos en terrenos comunes de los pueblos. Dos de los del Naranco estaban en terrenos del conde de Nava (los de el Coto de El Pevidal), pero varios del Aramo salieron a la venta como bienes desamortizados procedentes de Propios.

En 1887 se anunciaba la tercera subasta de dos pozos de nieve en Riosa, procedentes de Propios: el llamado Glayero y el llamado Sierra Negra. Se daba su circunferencia y en uno de ellos también la profundidad. En ambos casos, se vendía también el terreno de alrededor de los pozos. La circunferencia del primero era de 48 pies; la del segundo, de 38 pies, con una profundidad de 34. Esto permite ciertas comparaciones con las dimensiones de los del Naranco. En 1880 y luego en 1882 se anunciaba la enajenación, también como bienes de propios, del pozo o depósito de nieve llamado “de la Garma”, en Fontazán, Morcín, con sus entradas, salidas y terreno anejo, que ocupaba todo un perímetro de 38 días de bueyes. Debía ser gigantesco, pues, como se leía en el anuncio de 1882, “tiene 200 metros de superficie con su profundidad”. En 1882 se anunciaba la venta en subasta judicial del pozo de nieve llamado “del Gamonal”, situado en el puerto del Aramo, parroquia de San Sebastián, que con el terreno de pasto y prado circundante medía 6 días de bueyes. No se daban otras medidas, pero todo se valoraba en 16.450 pesetas, que era para entonces una cantidad muy elevada. Con todo, la información tal vez más interesante era más antigua: en 1861 un vecino de Villamegin (sic), Proaza, reclamó judicialmente la entrega de la nieve (*de la nieve*, no de los pozos) existente en varios pozos del Aramo, que probaba haberles comprado a los vecinos de la parroquia de Salcedo con una escritura del 22 de abril de aquel año. En 1859 salía a la venta el pozo de la nieve llamado “del Gamonal y Fontanzan, sito en el puerto del Aramo, en términos de Morcin, a cuyos propios corresponde”. Se hacía notar que el pozo era hipoteca de un censo que los mencionados propios satisfacían a la casa del conde de Agüera, que era entonces su poseedor. Uno o más de los pozos del Aramo eran simas naturales; pero otros seguramente eran construidos. La circunferencia de 48 pies que se atribuye a uno de los pozos y de 38 pies que se atribuye a otro, es similar a la de los grandes del Pevidal y La Vara.

Las fábricas de hielo artificial tributaban ya en la Contribución Industrial y de Comercio de 1873 (Reglamento y Tarifas en R.D. de 20-5-1873, num. 73A de la tarifa 3ª), así que en esos años no eran ninguna rareza en nuestro país. Tal vez por entonces no hubiera ninguna en la región, pero en Asturias el ferrocarril incluía por lo menos ya en 1879, si no antes, las tarifas por el transporte de hielo y nieve, con la cláusula de que no se garantizaba la mercancía. En 1891 consta que la empresa de fundición Kessler, Laviada y Compañía producía en Gijón hielo artificial en dos máquinas Raoul Pictet a razón de 50 kilos cada hora y cada una, y en 1900 se iniciaba la producción de hielo en *un segundo* establecimiento de Avilés, lo que indica que en esa ciudad la producción había empezado en otro antes. En todo

caso, parece que no se sabe a ciencia cierta en qué momento se inició la fabricación de hielo en las tres principales ciudades asturianas. Podría pensarse que si en 1886 se exportaba nieve a Gijón y Avilés, no habría empezado todavía la producción de hielo en estas ciudades, pero en todo caso lo cierto parece haber sido que antes de 1900 el hielo y la nieve se disputaron durante bastantes años las preferencias de cafés, restaurantes y casas particulares. A la larga, y sea como fuere, hacia finales del siglo XIX la fabricación de hielo artificial en Avilés, Gijón y Oviedo debió terminar con la industria de la nieve en la Asturias central. En 1878 se gravaba su consumo. En las tarifas de la Contribución industrial, de comercio y profesiones, de 1950, seguían sujetos a tributación los pozos de nieve y la producción y venta de nieve y hielo. Esto es: los pozos de nieve, los del Naranco también, cualquiera que sea su antigüedad, eran elementos de un bien cuya producción y circulación en el mercado estaban reguladas legalmente, no misteriosas reliquias medievales.

Pero los de El Pevidal no eran ciertamente como muchos de los pozos que había por otras regiones. Según una R.O. de 1884, que resolvía ciertas cuestiones suscitadas acerca de las tarifas de la contribución industrial, el pozo de nieve se caracterizaba por “ser un pozo seco...revestidos de fábrica sus muros y tener conductos de desagüe en su fondo, etc”. Se estaba pensando en construcciones a modo de edificios o pequeñas fábricas, no en los pozos de tipo rudimentario, probablemente del tipo más antiguo también (el *tipo*, no un pozo determinado), al que pertenecían los del Naranco y los del Aramo. En otras provincias, en otros países, los pozos de nieve podían ser como los del Naranco, pero también había edificios en forma de templete, con elementos ornamentales, como chapiteles y ventanas ojivales.

Ancianos de Naranco recuerdan que sus abuelos les contaban que habían trabajado en los pozos de la nieve, acarreando la nieve hasta el pozo, metiéndola en él y prensándola después. El cese de la actividad en los pozos de la nieve del Naranco no debió ser brusco, sino gradual, porque ocasionalmente volvieron a utilizarse, todavía después de 1900. Cierta día de mayo de un año que se supone posterior a 1900 se llamó a toda prisa a un vecino de Lladines para que subiese con el carro a recoger nieve para los pozos, porque aquella nevada inesperada parecía bastante copiosa. Acudió con el carro, pero a medio día el sol había derretido la nieve. Se dice que en la década de 1940 se sacó nieve de los pozos, se transportó por las galerías de las minas de hierro, entrando por El Pevidal y saliendo por Entrerregueras, y se cargó en la estación de Renfe de Oviedo con destino

desconocido. Este fue, con seguridad, un pedido puntual y con toda probabilidad el último de los habidos.

Hay dos pares de pozos de la nieve. El primero está por encima y muy cerca de lo que fue la aldea de El Pevidal de Allá, abandonada por los vecinos poco antes de 1955. La otra, como a medio kilómetro al Este de la primera, está al pie del pico de La Vara, en un lugar que se llama o se llamaba la Reguerada de Andines, no lejos de los caminos públicos de Oviedo a Folgueras y de Oviedo a El Pevidal, que luego sigue a El Contriz, de una parte, y a Lladines. No he encontrado datos relativos ni a la propiedad ni al uso de estos pozos de La Vara.

Los dos pozos de El Pevidal están, como los de La Vara, en la ladera Norte del Naranco, más sombría que la opuesta, y en una pendiente orientada al NE, esto es, en la dirección de la que soplan los vientos más fríos. Los pozos están a una distancia de unos dos metros uno del otro. El nivel superior del más grande está tal vez un metro por encima del nivel del otro. La posición relativa de los ejes de estos dos cilindros es de dirección NE. El pozo más grande, y con esto me refiero al más ancho, tiene un diámetro de unos 6 metros y una circunferencia de casi 19 metros. Su profundidad actual es de unos 4,5 metros, pero la real debió ser mayor, si se descuentan los sedimentos del fondo. Las paredes son de mampostería en seco y dejan ver varios mechinales que pudieran quedar de los tiempos en que se construyó. Por el borde del pozo, en la parte más alta, se ven restos de lo que parece que fue un muro de piedra de poca altura, tal vez con aberturas que pudieron servir para meter la nieve que se empujaba ladera abajo. El muro eliminaría también la posibilidad de que la luz solar alcanzase la nieve almacenada en el pozo. Esto, sin embargo, son conjeturas.

El otro pozo, en la posición que se dijo respecto del primero, es más estrecho y más profundo. Su diámetro es de unos 3,5 metros, y su circunferencia, por ello, de unos 11 metros aproximadamente. Tiene una profundidad actual de unos 7 metros; la real, por lo que se dijo del anterior, debió ser mayor. Se recuerda que los pozos estaban techados, y esto era así: un mismo tejado de teja curva a dos aguas y apoyado en seis postes, no sobre paredes, cubría los dos pozos. El paraje está bastante degradado, pero el acceso es relativamente bueno.

Los pozos de la nieve de La Vara, dos también y en la ladera vertiente al Norte, están separados entre sí por algo más de dos metros. El más ancho está al SW del otro. Las paredes son como las de los pozos de El Pevidal. El diámetro del pozo más ancho es de unos 6,5 metros, con una circunferencia, por tanto, de unos 21 metros; su profundidad actual es de unos 4,80 metros aproximadamente, aunque la real debió ser mayor. El diámetro del otro pozo es de 3,60 metros, aproximadamente, y su circunferencia de unos 11,5 metros. Tiene una profundidad actual de 5,60 metros. Este pozo tiene una especie de reborde de piedra, un pliegue muy tenue a unos 30 centímetros de distancia del borde de la boca. El lugar es muy atractivo y silencioso, pero el acceso es difícil. Con todo, está cerca de la carretera y no sería difícil abrir una senda hasta allí.

Los pozos de la nieve tienen un valor intrínseco; pero también lo que podría llamarse un valor añadido, que se deriva de dos circunstancias: por una parte, el escaso número de pozos de la nieve que existen o que se conocen en la región; de otra, la gran proximidad de los del Naranco a la ciudad de Oviedo. En otras regiones y ciudades españolas los pozos de la nieve están catalogados y protegidos, y son objeto corriente de visitas turísticas.

Pozos de la nieve y fortificaciones están a ambos lados de un camino que corre por o paralelo y muy cerca de la línea de cimas de la sierra; desviándose solo unos metros de ese camino se accede a los pozos de la nieve de El Pevidal y a las casamatas de La Cama el Moro y Les Ancineres. El camino hasta El Pevidal es una pequeña carretera asfaltada, pero desde El Pevidal en adelante se va por un camino carretero centenario, cuyas piedras, de caliza blanca, están marcadas por el paso de los carros durante siglos. Este mismo camino tendría que conservarse a toda costa, como elemento sumamente valioso del patrimonio vial del concejo. A este respecto hay que lamentar los destrozos irreparables que se cometieron en el camino bajando hacia Lladines, y más al oeste, hacia El Contriz, Llinares y la Peña Llampaya: se destruyeron centenares de metros de un firme que contaba con siglos de existencia.

Detalles muy interesantes sobre extracción de nieve en el Aramo y su transporte a Oviedo, así como sobre los primeros tiempos de la fabricación y el uso de hielo artificial en Oviedo pueden leerse en artículos de Ernesto Conde en El Correo de Asturias de fechas 25 de mayo y 4 y 5 de junio de 1988. Información muy amplia y diversa, con antecedentes históricos y usos de la nieve en España, se

encuentra en el capítulo “Aprovechamiento de la nieve”, de Juan Cruz Labeaga Mendiola, Etnografía de Navarra, Pamplona, 1996.

Construcciones: 4

Construcciones de minas y canteras

La bocamina del Gamoneo

La minería en el Naranco empezó en torno a 1840. Probablemente se explotó primero carbón que hierro, pero a la larga las explotaciones de hierro fueron más importantes y continuadas. Las últimas, sin embargo, fueron de hulla, tanto en el extremo norte del concejo, en Les Carriles y Tarabica, como en Cuyences.

Del Naranco se extrajo mucho mineral de hierro para tres empresas mayores de la industria de la región: la Fábrica de Trubia, la Fábrica de Mieres y la Duro Felguera. La Fábrica de Trubia empezó a abastecerse de mineral de hierro del Naranco antes que las otras dos, y la Fábrica de Mieres fue la que extrajo más mineral y durante un mayor número de años. De tal modo fue así que en 1879 empezó a construir el ferrocarril minero de Villapérez, que se inauguraría en 1880. La Duro Felguera (Duro y Compañía en los tiempos de que se habla), se abasteció de mineral del Naranco tal vez durante más de una década, de varios puntos de la sierra y de varios proveedores. Algunos de los proveedores de la Duro y Compañía lo eran también al mismo tiempo de la Fábrica de Mieres, a la que finalmente le venderían las minas. Quiere decirse con esto que la Fábrica de Mieres, que terminaría por explotar casi en exclusiva el hierro del Naranco hacia 1900, en un primer momento, en torno a 1850, concurreó con otros concesionarios en la exploración y explotación minera del Naranco, aunque en esos primeros tiempos todavía como Anglo Mining.

La bocamina de la reguera del Gamoneo, a unos 360 metros de altura en el lado oriental de la fachada septentrional del Naranco, debió construirse no antes de 1860 ni después de 1867, y por tanto, antes de la construcción del trenillo minero de Villapérez. La bocamina, de mampostería, está construida en arco en una fachada de unos 3,20 metros de ancho con piedras calizas semitrabajadas y unidas con mortero de cal y cuñas de la misma caliza. La altura actual del arco, no la real, es de 1,30 metros, más o menos; y la anchura actual, de 1,65 metros aproximadamente. Las dovelas del arco forman una cenefa o encuadre de una

anchura que varía de 40 a 50 centímetros. Hay unos 70 centímetros desde la bocamina hasta el extremo de la izquierda de la fachada, y unos 57 hasta el derecho; pero aquí la fachada hace un ángulo y el muro de piedra, de altura decreciente desde ese punto, se prolonga unos 3,30 metros más, como refuerzo para contener el empuje de la tierra. La piedra sería de las proximidades, probablemente de las mismas canteras, al Oeste del arroyo Campanéo, de las que se extraería unos cuarenta años más tarde la del Campamento, y la cal se haría en un horno armado para la ocasión y desaparecido luego. El mineral que se extraía era hierro, de una galería hoy hundida. No he encontrado ninguna otra en el Naranco ni tengo noticia de ninguna más. El valor de ésta es triple: por una parte, por ser la única que queda de las pudo haber en el Naranco; por otra, por sus características constructivas; finalmente, porque es representativa de las bocaminas que se construían en la región en la época.

Seguramente hacia 1880 era ya propiedad de la Fábrica de Mieres. Tiene delante una explanación de la que se dice que descendía un plano inclinado hasta el punto en que terminaba el trenillo minero, de manera que puede pensarse que, si se abrió antes de 1880, se explotó también después de esa fecha. En la explanación puede pensarse que maniobrarían las vagonetas que traían hasta el plano el mineral de las galerías abiertas cerca de esta primera. Estas galerías, abiertas en horizontal y de escasa longitud, carecen de fachada construida.

El paraje está a unos 360 metros de altura, está muy degradado y dista unos cientos de metros del Campamento del Lugarín.

La tolva de Obegero

El Naranco suministró piedra de construcción seguramente desde tiempos muy antiguos. Desde mediados del siglo XIX este suministro parece haber sido frecuente y copioso. Un ejemplo: en 1901 para la urbanización de Llamaquique estaba prevista la utilización de más de 1.100 metros cúbicos de piedra caliza del Naranco (Expediente...). De esta actividad extractiva quedan señales en las canteras, en general pequeñas, que marcan el lado oriental de la vertiente meridional de la sierra.

Una de estas canteras fue la de de Amador Díaz Obegero, sobre la carretera de San Miguel de Liño al alto, unos metros más arriba de los dos caleros, en el lugar llamado La Cantera. La piedra extraída se troceaba en una machacadora y se cargaba en los camiones que esperaban debajo de la tolva. La tolva, que se conserva, es una construcción algo mayor que la parte hoy visible, puesto que se componía también de unos muros pequeños por los que la piedra triturada se deslizaba hasta las bocas de carga. Estos muros se conservan también, aunque ahora están ocultos por la vegetación. En el lugar se ven: el frente de la cantera, de piedra rojiza, una gran explanada, donde se ejecutaban los trabajos de la cantera, y la tolva, sobre la carretera.

La construcción de la tolva se solicitó del ayuntamiento de Oviedo en 1954. El expediente municipal (12-7-429-12) contiene un croquis de la obra a realizar, que es perfectamente reconocible en la obra que se conserva. Como la tolva está muy próxima a los dos caleros citados, todo esto forma un conjunto de arqueología

industrial modesta representativo de los numerosísimos similares que hubo en el concejo y en la región y que permite, no obstante su sencillez y sus pequeñas dimensiones, explicar los trabajos de cantera. De una parte, piedra para la construcción y áridos para carreteras y caminos; de otra, piedra caliza para la fabricación de cal que, en este caso, se destinaba también a la construcción.

La tolva de Entrerregueros

En lo alto de la reguerada de Los Pastores, en terrenos que el interesado sitúa en La Vara (El Pevidal), se solicitó en 1953 la extracción de arcilla (Exp. 12-7-495-22 del archivo municipal de Oviedo). Esta actividad parece que no ha dejado tras sí construcciones reconocibles, a no ser, tal vez, cierta alteración en el terreno, que tampoco ha sido localizado con toda certeza. No obstante se ha supuesto que esta explotación estaba relacionada con una tolva, de tipo muy diferente de la descrita más arriba, que se ve en la reguerada de Los Pastores en el punto donde terminaba la caja de la vía que unía las minas de hierro de la Fábrica de Mieres en ese lugar con el plano por el que el mineral se hacía bajar hasta el trenillo minero de Villapérez, en la actual Pista Finlandesa.

Esta relación parece bastante endeble. La tolva pudo usarse por el arcillero, lo que tampoco parece probable ni verosímil, pero es casi seguro que no haya sido construida por él. De la tolva sale un tramo de vía, hoy enterrado, que por su posición ha de pensarse que fue el extremo de la construida en 1902 para extraer el mineral de hierro. Por otra parte, la fachada de esta construcción, hecha en pequeños sillares rectangulares, de dimensiones dispares, pero bien labrados y cortados, lleva a pensar que procede de las minas de 1902. Lo probable es que esta tolva fuese la de carga del mineral de hierro de las bocaminas que estaban solo unos metros por encima en la pendiente de la ladera y que se construyese, por tanto, también en 1902, cuando el propio tendido férreo y el plano. En todo caso, a falta de más datos solo caben conjeturas. La portada tiene unos 3 metros de altura y unos 4 metros de ancho. La boca de carga, unos 90 centímetros de ancho por 1,45 de alto.

Construcciones: 3

Caleros

La cal se empleó en Asturias por lo menos desde el siglo XV, y probablemente en tiempos anteriores, para la construcción de edificios. En el siglo XVII con toda probabilidad, en el XVIII con certeza, se empleaba para dar fertilidad a las tierras. Se tiene noticia de fabricación de cal en la parroquia de Villaperi en la primera mitad del siglo XVIII. En el Naranco quedan restos de dos tipos de hornos de cal, o caleros: los de tipo más antiguo, de marcha intermitente y alimentados con árgoma sobre todo, pero también a veces con la leña que se tuviera a mano, y los de marcha continua, alimentados con carbón o con cok o derivados.

El único calero del primer tipo conservado íntegramente se encuentra al sur de Folgueras, en el camino público que lleva a El Pevidal y La Vara. No se puede calcular la fecha de construcción, porque en las de esta clase es sumamente raro que se haga constar documentalmente, pero, por razones que no es éste el lugar de exponer, no es posterior al siglo XVIII, aunque puede ser anterior. Es un cilindro hundido en la tierra, de paredes de mampostería en seco. A la boca, en ojiva, se descende por un pequeño canal. En el interior, un retallo de unos 40 centímetros de ancho servía de apoyo para la bóveda de piedra caliza que se iba a calcinar. Sus medidas aproximadas son éstas: profundidad de 3,70 metros hasta el retallo interior, más u metro aproximadamente de profundidad de la caldera; el diámetro del tragante es de unos 3 metros. La boca de la fachada es de unos 70 centímetros de ancho por 80 centímetros de alto.

El valor etnográfico de este horno de cal es altísimo. Por una parte, porque se conserva en su integridad; por otra, porque pertenece a un tipo que debió ser muy corriente en el centro de la región hacia el siglo XVIII y antes y del que hoy es probable que no queden más ejemplares en todos los concejos centrales asturianos; finalmente, porque es una singularidad dentro de su clase, teniendo en cuenta que, si bien la construcción en sí es sumamente representativa de las de su tipo, la singulariza el hecho de que el horno está hundido en el suelo, no construido en un talud o falla del terreno, como era lo más frecuente.

Caleros de este tipo, de antigüedad similar, hubo muchos más en el Naranco. En Ajuyán quedan restos de uno muy parecido al de Folgueras. Estos restos se

reducen a varios metros cuadrados de superficie de pared interior. Cerca de El Pevidal queda la fachada de otro más. Se cree que hubo otro muy próximo a éste, pero está enterrado o fue demolido. En Villanueva, en lo que se llama ería de Llodero o el monte de Sampedro, quedan restos de uno más de esta clase, en el que en el siglo XVIII pudo fabricarse la cal de que se habla más arriba.

Una segunda generación de caleros, si puede decirse así, apareció a mediados del siglo XIX y se extendió por el concejo de Oviedo y por muchos de los del centro de la región. Estos hornos eran de marcha continua, aunque en la práctica se utilizasen de forma intermitente. El combustible, como se dijo, era carbón o cok, y en la construcción del horno aparecían materiales inexistentes en los de tipo antiguo: hierro y ladrillos refractarios.

Se tienen noticias de varios hornos de esta clase en el Naranco, pero muchos de ellos desaparecieron. Pero se cuenta con un ejemplar íntegro, que es el de Muslera, junto al Lugarín de Villapérez. El exterior es de piedra en seco; el interior está revestido de piedra en la parte alta de la camisa del horno y ladrillo refractario en la base, por debajo de la rejilla de hierro en la que se apoyaban las capas de combustible y de piedra a calcinar. El hueco interno es un tronco de cono invertido, de una profundidad algo superior a 2,5 metros. El calero responde en todo al tipo más corriente de los cientos de su clase que hubo en el centro de la región. Su valor no es el de la rareza, sino el de la mayor representatividad de los artefactos de su clase, de los hubo tal vez más de un centenar en las parroquias rurales del concejo. La boca de la fachada mide como 1 metro de ancho y 1,5 metros de alto, y tiene una profundidad horizontal, hasta la reja, de 1,7 metros ; el diámetro del tragante es de unos 2 metros. La antigüedad de este calero es incierta, pero pudo construirse, como los restantes de su estilo en el Naranco, hacia 1880. Funcionó hasta el decenio de 1920.

Restos de un calero muy parecido quedan en Lladines, a unas decenas de metros al sur de las casas. Se conservan la boca de la fachada, muy rudimentaria, y parte del revestimiento interior del horno, en ladrillo refractario. El diámetro del tragante, como en el calero del Lugarín, debía ser de 1,80 metros aproximadamente. La boca, rectangular como en todos o la mayoría de estos hornos, tiene unos 70 centímetros de ancho por unos 95 centímetros de alto. Puede ser contemporáneo del de Muslera y funcionó también hasta el decenio de 1920. Un

calero más, entre Lorianana y Llubrió, parece estar desmoronándose. Es de boca rectangular de 1,30 x 1,30 metros; el tragante no es accesible.

Los dos caleros del lugar de La Cantera, en la ladera que mira a Oviedo y a una altura de unos 450 metros, fueron levantados en 1939. Su producto es más que probable que se destinase a la construcción, y no al abono de las tierras. El de la izquierda, al Oeste del otro, está destruido. El de la derecha estuvo íntegro hasta el mes de diciembre de 2004, en que una chispa eléctrica le destruyó la fachada. Es un horno de marcha continua, que probablemente funcionaba con carbón de río. Su posición, encajado en un desnivel del terreno y al pie de la cantera, es también típica. Su interior, en tronco de cono invertido, está revestido de ladrillo refractario. El tragante tiene un diámetro de unos 2,60 metros. La boca de la fachada, unos 2 metros de ancho, por 1,60 metros de alto y una profundidad horizontal de 2,5 metros. La altura de la construcción se acerca a los 4 metros.

Se tiene noticia de otros caleros, inencontrados hasta el momento.

Construcciones: 4

Construcciones militares

En el Naranco quedan restos de construcciones militares. La más antigua es la del Campamento del Llugarín, en Villaperi; después, las fortificaciones o casamatas de la guerra de 1936. Los barracones y garitas construidos después de que en 1945 el ejército adquiriera de varios particulares terrenos de cierta extensión en lo alto del Naranco, fueron demolidos cuando el ayuntamiento compró a su vez los terrenos, ya en la década de 1990.

El Campamento del Llugarín

El cuartel del Llugarín, llamado Campamento, en un pequeño promontorio sobre La Trapa y el Cierro Marino, debió construirse en 1916 (o tal vez uno o dos años antes, según otras opiniones). Este Campamento contaba con cuadras para los caballos y, al otro lado del arroyo Campanéo, un campo de tiro (ese nombre se le daba) o, al menos, un terreno contra el que se disparaba, probablemente desde las inmediaciones del cuartel y por encima del reguero.

La construcción del cuartel, que ya en 1918 se atribuía al general Manzano (lo que quiere decir que a esa fecha estaba terminado), está en relación con el ambiente social, muy conflictivo, que en Asturias venía degradándose rápidamente al menos desde principios de siglo; con las guerras de África (desde 1909) ese ambiente se deterioró aún más, y también, unos años después, con la primera guerra europea. El 15 de julio de 1916 Bernardo Álvarez del Manzano, gobernador militar de la provincia, publicaba un bando por el que, a causa de la huelga en Asturias de gran número de industrias y minas (en ese momento también las del Naranco), se clausuraban las tabernas y se ordenaba la reincorporación de los huelguistas a sus puestos de trabajo en un plazo de 24 horas. Los contraventores serían considerados sediciosos, y sus dirigentes, arrestados y juzgados ante un tribunal militar.

Si ésta no fue la causa inmediata y directa de la construcción del Campamento, revela la atmósfera en que se ordenó levantar. En 1918 las tropas de Oviedo se ejercitaban al tiro en tres lugares: el Pico Sierra (Colloto, ya en Siero), en Lugo de Llanera y en el campamento llamado Nuestra Señora del Rosario, nombre quizá sorprendente para un campo de tiro, pero que en este caso podría explicarse si el terreno para el cuartel hubiese sido cedido, donado o vendido por María del Rosario González Argüelles, esposa de Juan Uría, que era o había sido diputado y alcalde de Oviedo. Fuera de los ejercicios de tiro contra la ladera del otro lado del arroyo, es dudosa la utilidad que haya podido tener el Campamento.

El cuartel es de planta rectangular y su eje principal está orientado más o menos de Sur a Norte. Hoy está al borde de una inmensa cantera escalonada en varios niveles que se hunde en un verdadero abismo. Al cuartel le faltan pisos y cubierta, pero las paredes en pie, con alguna sillería y lo más en mampostería, están construidas con una hermosa caliza clara que procedería de las pequeñas canteras que había en la zona al tiempo de la construcción, de las que por entonces también se sacaba piedra para edificios de Oviedo. Tenía un piso bajo, un principal y probablemente un sótano, con cuadras para caballos en este sótano o en cobertizos adosados a la fachada larga vuelta al oeste. La planta tiene forma de T. Parece que en tiempos de su construcción se empezó a hacer una carretera que llevase al cuartel, pero tal vez no se terminó por completo; en todo caso, el Cuartel se alcanzaba fácilmente por la caja, ya entonces abandonada y sin railes, del trenillo minero de Villapérez. Hoy ése es uno de los posibles accesos. El lugar está sumamente degradado. La profusión de escayos en torno a la construcción impide apreciar en conjunto y por entero el edificio y más detalles constructivos o de otra clase, pero el acceso al interior, hoy muy difícil, podría revelar datos de interés.

Casamatas

Aunque los revolucionarios de 1934 tomaron posiciones en el Naranco, en lugares que no he podido localizar, desde las que cañonearon la cárcel de Ferreros, no es probable que entonces se hubiesen levantado fortificaciones. Las que quedan son posteriores a julio de 1936 y probablemente de bien entrado el año de 1937. El 17 de octubre de 1936 la tropas llamadas nacionales entraron en el Naranco desde el Oeste y se estacionaron en el Picu el Paisano, del que se retiraron las republicanas, que, según se dice, siguieron acantonadas en lo que la gente del Naranco llamaba “La Jira” y “El Pinar”, pero también en los Picos Secos y otros puntos de la sierra. Esta situación sería estable durante varios meses más. En la inscripción de la casamata de los Picos Secos se lee la fecha de 20-9-1937. Esa sería entonces la fecha límite de construcción de la fortificación.

Las fortificaciones o defensas mejor conservadas están en estribaciones que, perpendiculares al eje longitudinal de la sierra, se proyectan hacia el Norte. La fortificación de los Picos Secos, al parecer la más oriental de las existentes en el Naranco y a una altura de unos 560 metros, se forma en torno y por debajo de un risco peñoso, sobre el que se construye una plataforma que en forma de lengua de más de 5 metros de ancho se extiende en dirección Sur a Norte, sobre los muros de hormigón de la defensa, de unos 70 centímetros de espesor. Probablemente la plataforma, rodeada en su día, a lo que parece, de un muro de ladrillo hueco y hormigón, se comunicase por una abertura en el suelo con la cavidad subterránea. La boca principal de la fortificación, en mampostería, ladrillos y hormigón, se abre al ENE. La cavidad del refugio, por debajo del erizamiento rocoso, tiene una salida sin construir en la vertiente opuesta a la de la puerta. Por encima de la entrada orientada al este, en un rectángulo en relieve de 3 centímetros sobre la pared de hormigón, hay una inscripción que puede reconstruirse parcialmente. Las palabras identificables, algunas en abreviatura, parecen referirse a dos oficiales, comandante y capitán, de una Sección 2ª, Compañía 3ª, de un cuerpo militar insuficientemente identificado a causa del deterioro de la inscripción. En la parte baja la fecha de la inscripción parece más clara: 20-9-1937.

Las dos fortificaciones de los parajes que llaman La Cama del Moro y Les Ancineros, separadas entre sí unos pocos cientos de metros, y muy próximas al

camino carretero de titularidad pública que va de El Pevidal a Ladines, son más complejas. En ambos casos, una casamata circular, de muy poco más de 3 metros de diámetro y que se levanta algo más de 1 metro sobre el suelo, se prolonga en un espolón, que es curvo en una de ellas, con orientación ESE en el arranque de la casamata y NNO en el extremo, y recto en la otra. Lo común a las dos es la propia casamata circular, pues los apéndices son totalmente diferentes y también es diferente su función. El curvo de la primera, situada a una altura cercana a los 520 metros, tiene tres reductos o apostaderos descubiertos y semicirculares. En la base de la fortificación, a ras de suelo, se abren dos huecos rectangulares, de entre 80 y 90 centímetros de anchura y de unos 20 centímetros de altura, orientados uno al SO y el otro al ESE. El apéndice recto de la otra, que es el túnel fortificado de entrada, se ensancha desde el arranque de la casamata, donde tienen una anchura de 1,85 metros, más o menos, hasta el extremo de la puerta, donde su anchura es de unos 2,40 metros. Desde la puerta no se ve el interior, sino que, como es corriente en esta clase de construcciones, el túnel de entrada hace un ángulo hacia el interior. De esta manera, desde la entrada de la casamata el interior no es directamente accesible ni a la mirada ni a los proyectiles. De modo parecido, las aberturas horizontales de la casamata, orientadas aproximadamente como las de la anterior, presentan muros de espesor oblicuo. Este ángulo en el túnel de entrada explica el ensanchamiento del espolón en ese extremo. En todo caso, la descripción minuciosa de las construcciones en todos sus detalles constructivos sería extremadamente prolija. Las dos casamatas están hechas con hormigón, pero en algunas partes el hormigón se emplea como mortero de mampuestos poco o nada trabajados de la piedra del lugar. A diferencia de la defensa de los Picos Secos, en éstas no parece que se haya empleado ladrillo. Alrededor todo son árgomas, con alguna espinera y otros arbustos. El valor de estas construcciones, bien conservadas como están, es muy alto, y su complejidad requeriría un estudio arqueológico minucioso. También es alto el valor paisajístico del lugar.

Hay más restos de casamatas por el alto de la carretera a Brañes y en la pendiente desde ese punto hacia El Rebollar, y posiblemente hubo algunas más. En todo caso, las descritas están bien conservadas y pueden servir de muestras representativas de las restantes. En lo que llaman El Ciarrón, donde se levantan las antenas de Radio Nacional, estuvo acampada la fuerza republicana durante el cerco de Oviedo, pero no tengo noticia de que queden restos de posibles fortificaciones, aunque se conservan trincheras o zanjás, cada vez más desdibujadas. Unos 200 metros más arriba del llamado ahora Descanso del Vaquero hubo una casamata por

debajo y al borde de la carretera, que se comunicaba con las trincheras que había al otro lado de la calzada, en la pendiente que lleva al bar de lo alto. Esta casamata fue demolida hace muchos años. Hay que lamentar la demolición de las garitas que se levantaban al borde de la carretera, en la explanada del alto, y la bóveda que cubría la fuente que, según creo, fue la del Salguerín (no “Xilguerín”, que es una forma corrompida del nombre que los vecinos del Naranco le dieron siempre). No sé si esa bóveda era la de la fuente que los Amigos del Naranco construyeron antes de 1936 o si la construyeron los militares después de que en 1945 adquirieran los terrenos que son hoy el área recreativa.

Construcciones: 4

José Luis García López del Vallado
Oviedo, marzo-abril de 2005